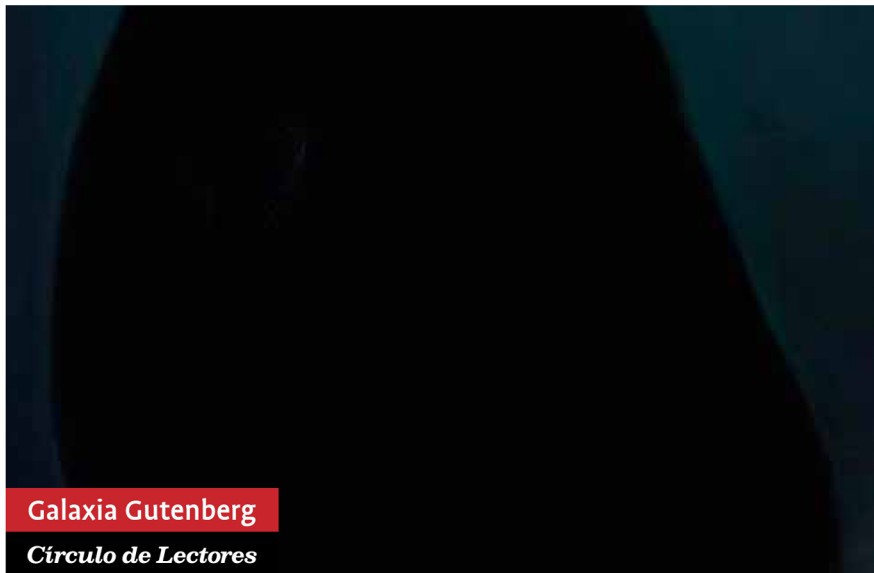




Dacia Maraini
El tren de la última noche



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

DACIA MARAINI

El tren de la última noche

Traducción de
David Paradela López

Galaxia Gutenberg

<i>Círculo de Lectores</i>

Me pregunté qué hacía yo ahí, con una sensación de pánico en mi corazón cual si me hubiera perdido en un lugar lleno de misterios demasiado crueles y absurdos para ser contemplados por un mortal.

Era como si él me observara [...] con esa amplia e inmensa mirada que abarcaba, condenaba y execraba el universo entero. Me pareció oír aquel grito susurrado: ¡El horror! ¡El horror!

JOSEPH CONRAD
El corazón de las tinieblas

I

Un tren lento emprende la marcha en la vía. Se dirige al norte. Amara está sentada con compostura, entregada a una especie de excitación somnolienta. El primer viaje largo de su vida. Un tren que para en todas las estaciones, los asientos están decorados con piezas de ganchillo hechas a mano y apesta a cabra hervida y jabón con permanganato. Son los olores de la guerra fría, que ha dividido a los países del Oeste de los del Este, segregándolos con muros, alambre de espino y soldados armados con fusil.

—La separación ha afianzado un comunismo suspicaz y agresivo, y, por la otra parte, un anticomunismo igualmente suspicaz y virulento. El caso es que ninguna de las partes sabe nada de la otra. Queremos explicar a nuestros lectores cómo se vive en realidad al otro lado del telón de acero. ¿Qué queda de los sufrimientos de la Segunda Guerra Mundial? ¿Qué ha sido del recuerdo de la Shoah?

Es la voz del director del periódico, que le recomienda que se fije en los detalles, que hable con la gente, que comprenda cómo es la vida cotidiana de los habitantes del este de Europa y que luego escriba. El director es un hombre joven y bien parecido, completamente calvo. Le ha regalado una sonrisa seductora al añadir que la paga por los artículos será escasísima.

—Pero usted, querida Sironi, está iniciándose en la profesión. Como sabe, aprecio mucho su claridad, pero no puedo ofrecerle más a una colaboradora novata. En compensación, podrá telefonar al periódico de forma gratuita y dic-

tar sus artículos directamente a los dictáfonos. Es la primera vez en años que las líneas internacionales con el Este funcionan, aunque sea unas pocas horas al día. Con Austria no tendremos problemas de comunicación, con Checoslovaquia y Polonia no lo sé. Ya se verá. Usted inténtelo. Y ahora pase por la secretaría a recoger el visado especial para periodistas.

Le ha entregado una hoja de papel con los números telefónicos de las agencias de noticias italianas en las distintas ciudades europeas. La ha besado en las mejillas con ademán paterno y ha cerrado la puerta a su espalda.

El tren ha pasado varias horas bloqueado en la frontera entre Italia y Austria, y ahora se encuentra en el confín entre Austria y Checoslovaquia. Los militares se han apoderado de los pasaportes y han dejado al exiguo pasaje encerrado con llave dentro de los vagones, a oscuras, con sólo una minúscula luz de servicio.

La locomotora resopla impaciente, pronta para partir, pero se ve retenida por algo cuya potencia es mayor que la de un motor: la fuerza oscura y tenaz, irreflexiva y obtusa, de la burocracia fronteriza. La noche ha caído sin que los pasajeros se dieran cuenta. Fuera no se oyen más que los pasos de los soldados. En el vagón, atrancado, hace calor. Con Amara viajan dos hombres y una joven madre que sostiene en brazos a una recién nacida. El más viejo de los hombres, que lleva puesta una cazadora celeste, baja como puede el cristal chirriante. Cuando alarga los brazos se ve que lleva unos brazaletes de piel en las muñecas.

Entra en el coche una alegre ráfaga de viento fresco. Amara se asoma para aspirar con la nariz un poco de aire limpio. Sus ojos encuentran tan sólo la oscuridad de una noche sin estrellas. Lejos, a su derecha, titilan unas luces minúsculas. ¿Un pueblo? No se oyen ladridos ni rebuznos. Es como estar suspendidos en el vacío. Un soldado grita. Se acerca al vagón y golpea la ventanilla bajada con la culata del fusil. ¡Está prohibido abrir los cristales! No se admiten

brechas ni fisuras hacia el exterior en ese tren que intenta cruzar, más que de un país a otro, de una ideología a otra, de una mentalidad a otra. Un viejo tren con pocos pasajeros, una cadena de vagones desvencijados que pretenden forzar los eslabones de la división del mundo. ¿Quiénes son esos inconscientes? ¿Cómo osan?

En la penumbra del interior del vagón, apenas iluminado por una pequeña luz azulada, los viajeros empiezan a conversar entre sí. Los dos hombres, uno de ellos eslovaco y el otro mitad austriaco, mitad húngaro, hablan en alemán. La mujer con la recién nacida en brazos sólo entiende su dialecto de Gdansk.

El hombre de los brazaletes de piel explica que va a Kladno a ver a su familia. El otro, con una fila de gacelas corriendo en el suéter, habla de una hija embarazada que le espera en Poznań. La mujer no hace más que repetir un nombre: Gdansk. Acuna a la niña, pálida y silenciosa, sin dejar de murmurar Gdansk, Gdansk.

—¿Y usted adónde se dirige? —le pregunta a Amara el hombre de las gacelas en el pecho.

—Birkenau.

—¿Auschwitz-Birkenau? ¿Y para qué, si no es impertinencia?

—Para escribir artículos para mi periódico. Aunque también voy para buscar el rastro de una persona desaparecida en el cuarenta y tres.

El hombre de la cazadora celeste no hace ningún comentario. Los brazaletes de piel centellean en la semioscuridad. ¿Para qué servirán? El hombre de las gacelas, en cambio, parece impresionado y demuestra interés.

—Mi madre también murió en un campo nazi, en Treblinka —dice con un hilo de voz, dirigiéndose sobre todo a ella—. ¿Su pariente era judío?

—No era pariente mío. Y sí, era judío.

—Y usted se va sola a buscar el rastro de un hombre que no era ni siquiera pariente suyo. ¿No le da miedo?

—Es una promesa que me he hecho.

—¡Ah!

Un «ah» que encierra comprensión y discreta curiosidad. Sus palabras no suenan entrometidas a los oídos de Amara. Le parecen escandidas por una sincera voluntad de comprender. Lo observa mejor: un hombre de unos cuarenta años con los brazos delgados, un cuello larguísimo que sobresaleara, como en un retrato de Modigliani, del oscuro suéter sin cuello, ojos alargados hacia las sienes, pómulos altos, la boca suave, marcada por unas pequeñas arrugas concéntricas. Querría explicarle algo acerca del niño Emanuele y de su pasión por el vuelo, y de las cerezas de gusto silvestre, y de la enfermedad, y de las cartas, y de la desaparición. Pero el hombre de azul, con los brazaletes de piel, la intimida.

Por el borde inferior de la ventanilla asoma de vez en cuando un casco militar que se desliza a lo largo del margen del cristal como el caparazón de una tortuga. Primero de derecha a izquierda, después de izquierda a derecha. La noche ha refrescado el aire. Amara se cubre los hombros con un suéter de lana. Tiene sueño. Quién sabe si conseguirá dormir ni que sea unos minutos apoyada en el respaldo de terciopelo liso y desgastado.

Cuando abre los ojos ve al hombre de los brazaletes de piel adormecido frente a ella con la boca abierta y las manos abandonadas sobre las piernas. La joven madre sigue acunando a la recién nacida canturreando quedo desde el fondo de la boca. El hombre con las gacelas corriendo sobre el pecho empieza a hablar bajito, apoyando casi la boca en su oído.

—Tengo miedo de que no me dejen continuar.

—¿Por qué?

—Tengo pasaporte austríaco. Mi madre era judía húngara y durante unos años trabajé como periodista.

—¿Todo eso pone en su pasaporte?

—Tienen listas con toda la información. En este país lo único que funciona son las listas.

Tiene voz de conspirador. Su sonrisa, sin embargo, tiene un aire burlón. Un mechón de cabello moreno rayado de gris le resbala sobre la frente. El aliento le huele a higos secos y un poco a vino, como si acabara de salir de una bodega donde se apilan barriles de roble y cestos de higos. Algo en él le recuerda a su padre: sonrisa tímida, cabellera lisa, abundante, con tendencia a resbalarle en medio de la frente, ojos grises tirando a verdes. La figura pálida que se refleja en el cristal es serena y cautivadora, a pesar de que el tiempo ha dejado en ella algunas marcas. Parece que ha vuelto a adormecerse, con la cabeza apoyada en el asiento. Su aspecto refleja tanta indefensión y abandono que entran ganas de protegerlo. Como la joven madre que, en otro rincón del vagón, sostiene y defiende la cabeza todavía blanda de su niña de pocos meses.

Amara lanza una mirada a la maleta que descansa sobre la redecilla. Está vieja y abollada. Se la regaló su padre hace años, diciendo: «Con ésta fui a Venecia de viaje de novios, quédatela». En un primer momento la colocó encima del armario y se olvidó de ella. Más tarde, sin embargo, tuvo ocasión de apreciarla. Las maletas de la posguerra son de cartón y se rompen enseguida. La de su padre, en cambio, pese a ser una vieja maleta de piel despellejada, es resistente, espaciosa y robusta. La tapa abombada parece a punto de reventar de tantas cosas que ha metido dentro: faldas, jerseys, botas, libros, un paquete con las cartas de Emanuele y su diario. Algunos de sus escritos se los sabe de memoria. Como la primera carta, llegada de Viena en diciembre del treinta y nueve.

Querida Amara:

Nuestra casa da a Schulerstrasse. En la planta baja hay una relojería ante la que me paro cada vez que entro y salgo. Todos los relojes marcan la misma hora. Qué raro, ¿verdad? Incluso los relojes que llevan estampados los nombres de ciudades lejanísimas indican la misma hora: Shanghai, Tokio y Nueva

York dicen a la vez que son las tres de la tarde. ¿Qué hora será en tu reloj? ¿Y qué hora será en tu cabeza, donde yo no estoy? Las horas bailan, sabes, como en la *Gioconda* de Ponchielli, que fui a ver con Mutti a la Pergola de Florencia el año pasado. La danza de las horas: no me esperaba ver a las bailarinas entrar cogidas de la mano. Después formaban un círculo y en medio se ponían unos muchachos vestidos de negro que imitaban el movimiento lento y regular de las agujas. Mis horas permanecen detenidas en Florencia. Debería volver a recogerlas, porque aquí se marcan horas que no reconozco. Horas que no están hechas de minutos, sino de rebotes y extrañas vueltas atrás. ¿Por qué no estás aquí conmigo? Tengo tantas ganas de abrazarte. Desde mi ventana veo un vendedor de buñuelos que se para en la esquina de Blutgasse y prepara unas crepes fenomenales: unta una sartén redonda con un poco de mantequilla, con un cucharón vierte harina mezclada con leche y al momento se le llena la cara del humo que sube. Se limpia con la manga, pero en ningún momento aparta los ojos de la sartén, donde la harina cuaja y se acartona. Cuando se ha compactado, la extiende con un cuchillo ancho y corto. Luego, con un veloz gesto de muñeca, despega el fino disco de la crepe de la sartén y le da la vuelta. Menos de un minuto después ya está lista. Entonces la coloca a un lado con cuidado, en un plato untado con mantequilla. Cuando aparece alguien, la rocía con ron, extiende una cucharada de mermelada de ciruelas y la dobla con delicadeza, como si fuera un pañuelo precioso, para tendérsela con gracia al cliente. Escíbeme pronto, escíbeme siempre, incluso dos veces al día, por favor te lo pido, espero tus cartas como si fuesen tus besos. Te quiero, Emanuele.

No puede evitar sonreírse ante el virtuosismo lingüístico del pequeño Emanuele; ese deseo infantil de quedar como el mejor, de poner de manifiesto al observador adulto que habita en el cuerpo del niño.

Título de la edición original: *Il treno dell'ultima notte*
Traducción del italiano: David Paradela

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: abril 2012

© 2008, RCS Libri S.p.A., Milán
© de la traducción: David Paradela, 2012
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2012
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2012

Preimpresión: María García
Depósito legal: B. 5805-2012
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-4869-2
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-974-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)